

**Una posibilidad
de vida.
Escrituras íntimas**

ALBERTO GIORDANO
Beatriz Viterbo
Rosario, 2006

Entre Migré y Blanchot: paradoja, ironía y autobiografía en una teoría de la lectura

Analía Gerbaudo *

Universidad Nacional del Litoral - CONICET

En el *IV Congreso Internacional de Teoría y Crítica Literaria* realizado en agosto de 2004 en Rosario, César Aira integra una mesa sobre “literatura e intimidad” junto a Marcelo Cohen. En su intervención señala que se encuentra allí tratando de hablar sobre el “último juguete” de Alberto Giordano: las escrituras de la intimidad. Por el año 2004 Giordano trabajaba sobre el “ensayo de los escritores”: ya había publicado *Modos del ensayo. Jorge Luis Borges-Oscar Masotta* (1991) y estaba compilando los escritos que reunirá en *Modos del ensayo. De Borges a Piglia* (2005). 206 207

A tres años de aquel congreso y a propósito de la aparición de su nuevo libro, *Una posibilidad de vida. Escrituras íntimas* (que como *Modos del ensayo. De Borges a Piglia* incluye textos puestos a circular antes de tomar la forma de letra impresa), cabe llamar la atención sobre dos movimientos perceptibles en el campo de la crítica literaria escrita desde Argentina. Uno: la profusión de trabajos sobre los ensayos de escritores. Dos, y éste es un fenómeno más reciente: la profusión de trabajos sobre diarios de escritores.¹

Más allá de la humorada es posible advertir en aquella intervención de Aira parte de una verdad: desde su modo siempre oblicuo estaba señalando el nuevo rumbo del crítico que luego iba a ser, por transferencia, el rumbo de otros. ¿Tema, problema, capricho u obstinación?: no interesa la etiqueta a partir de la cual intentamos describir el impulso. Sí interesa resaltar que las ocurrencias de Alberto Giordano instalan buena parte de los ítems de la agenda de la crítica literaria que se escribe desde este país. Y los dos hechos descriptos en el párrafo anterior son una prueba. Interesa entonces también detenerse en el análisis de algunos de los procedimientos de Giordano en este último texto y a la vez conjeturar sobre las intervenciones que ha logrado generar y sobre lo que estas intervenciones abren y cierran.

La escritura de Giordano deja entrever sus continuidades y sus credos gestados desde una intersección singular de postulados de Borges, Deleuze, Barthes y Blanchot. En este texto reaparecen sus desconfianzas respecto de ciertas morales o “supersticiones” de la crítica; su apuesta al ensayo como forma de descubrimiento y no como repetición de algo que ya se sabe antes de escribir; su constante y a la

* Doctora en Letras Modernas por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC. Magister en Didácticas Específicas por la FHUC (UNL). Profesora Titular de Didácticas de la lengua y la literatura y Profesora adjunta a cargo de Teoría Literaria I en la FHUC (UNL). Directora de proyectos de investigación en el cruce de las áreas teoría literaria y didáctica de la literatura. Ha escrito *Ni dioses ni bichos. Profesores de literatura, curriculum y mercado, Derrida y la construcción de un canon crítico para las obras literarias.*

vez siempre nuevo deslumbramiento por las formas en que se intersectan la ironía y la paradoja en los textos de los escritores que provocan el desarrollo de su propia escritura; su incisiva detección de los lugares en los que quien escribe (un diario íntimo, un ensayo crítico) es descubierto en exceso, diciendo más o menos de lo que pretende o parece haber pretendido decir.

Algunos ejemplos de estos procedimientos. La vuelta sobre los autores es, a la vez que una confirmación de su canon personal, una posibilidad de descubrir los desplazamientos en la aparente repetición, en la aparente vuelta a lo mismo. En “Algo más sobre Puig” su relectura de *La traición de Rita Hayworth* le lleva a desarrollar los fragmentos de una teoría sobre la lectura y sobre la escritura que podría pensarse en el más profundo sentido de *contresignature* (Derrida, *Points de suspension*). ¿Cuándo y en qué condiciones y atravesado por qué preguntas o requerido por cuáles mandatos quien lee se entrega a la lectura? ¿Cuándo y en qué condiciones quien lee puede refrendar con su escritura aquello mismo que lo conduce a ella? ¿Cuándo quien intenta transferir algo de su experiencia de conexión con los textos que lo inquietan *da a leer* (Derrida, *La dissémination*) a otros, instiga a otros a leer (más allá y más acá del miedo a soltarse de las barandillas del saber en el que se cree hasta que se lee o se escribe sobre algo que desborda el orden de ese saber; más allá y más acá del miedo a “agregar”, a “bordar”, a poner algo de sí)? Parecen dejarse entrever aquí retazos de una historia de Giordano-crítico, de Giordano-profesor de literatura, investigador y ensayista. ¿Cuándo quien escribe realmente *lee y escribe* (más si quien escribe está aparentemente constreñido, en parte, por los tiempos, protocolos y prescripciones que rigen el ámbito académico, o más precisamente, por los protocolos y prescripciones que pautan cómo presentar una tesis doctoral sobre Manuel Puig)? Giordano observa: “Durante los años en que escribí sobre la literatura de Puig tratando de no apartarme demasiado de mis inquietudes de lector, de algún modo dejé de leerla” (2006: 15). La lectura es para Giordano “aceptación de lo desconocido”, un “ejercicio de desposesión”. Desde este lugar revisa su propia práctica reconstruyendo distintos momentos de su trabajo con la obra de Puig: “Durante los años en que me lo apropié para escribir sobre la singularidad y la eficacia de su obra, aunque continuamente estuviese releýendolo, no volví a leer a Puig” (2006: 15).

Desde este lugar también se explican sus silencios. En lo diferido, en aquello que se soslaya, hay un decir, algo susceptible de ser leído en sus textos por un crítico de Giordano. U otro tema posible a insertarse en la agenda de la crítica sobre la literatura, sobre la crítica de los diarios de los escritores que a veces, también son literatura. A partir de su corpus Giordano escribe notas para una teoría de la lectura: “Para alguien que tiene como oficio escribir sus lecturas, no escribir sobre algo, sin haber decidido no hacerlo y sin saber que no se lo hace, puede ser también un modo de leer” (2006: 16).

Más cerca de Derrida que de Blanchot, el lector con escalpelo irrumpe, por ejemplo, cuando revisa el uso de Sylvia Saítta del adverbio “cómodamente” para describir el modo en que Alejandro López se ubica en la tradición literaria argentina, puntualmente, en relación a Manuel Puig. Descartando que esta ubicación sea “cómoda”, Giordano se detiene en la exploración de las diferencias que se registran en lo que se les reconoce a ambos escritores como patrimonio común, es decir, “el arte de narrar voces modeladas, hasta en sus mínimas inflexiones, por los estereotipos de la cultura masiva y de las morales pueblerinas” (2006: 31).

Las preguntas que lo habían llevado a producir sobre los ensayos de escritores y sobre lo que la literatura *puede*, reaparecen con su lectura de *En estado de memoria*, *Narrar después* y *La letra de lo mínimo* de Tununa Mercado. Giordano anota: “La imagen de un narrador que escribe para saber cuál es el vínculo que lo liga a un determinado universo temático y cuáles son sus posibilidades de explorarlo literariamente se me volvió a hacer presente durante la lectura de *En estado de memoria* de Tununa Mercado” (2006: 44). Agrega más adelante: “la narración es en la literatura de Tununa Mercado ... la forma en que un yo explora su singularidad en contacto con las cosas del mundo” (2006: 56). Definición que lo comprende: Giordano habla de Mercado y también habla de sí y de aquello que su escritura hace ya que en esta aparente continuidad con sus trabajos previos aparece una marca nueva o, más bien, el pronunciamiento o la exacerbación de una nota antes apenas dejada entrever²: la inscripción autobiográfica. Como en un juego de espejo, las escrituras sobre los textos de la intimidad firmados por otros y leídos como *actos*, es decir, en sus tensiones, contradicciones, ambigüedades, hacen lugar a la escritura íntima de quien produce esos ensayos críticos que acompañan una de las tendencias de la crítica literaria contemporánea: su pulsión o su pasión autobiográfica. En “Algo más sobre Puig” un *envío* íntimo se realiza desde el espacio de la dedicatoria: “A Emilia, por primera vez” (2006: 13). “Por primera vez”: aclaración que vuelve, que se vuelve sobre el acto que su propia escritura, deliberadamente, realiza. En ese texto dedicado a su hija las preguntas sobre la paternidad desplegadas a partir de *La traición de Rita Hayworth* de Puig se vuelven sobre sí y vuelven sobre ciertas verdades o saberes o conjeturas que la literatura arma sobre el vínculo padre-hijo. Giordano habla de la “imposibilidad de encontrar un padre en su lugar”, de la “omnipresencia paterna” en el mundo de Toto, de su construcción paradójal “en todo lugar, fuera de todo lugar” (2006: 14). Y agrega, sorprendiendo al lector con la irrupción de la confesión: “Desde luego que esta verdad doble sobre la paternidad no la aprendí sólo, ni en primer lugar, leyendo *La traición de Rita Hayworth*. En mis experiencias como hijo ya había tenido ocasión de descubrir su existencia” (14). Y anota, llevando la confesión a la reflexión más general: “Pero el arte de Puig, al transmutar el dolor en goce, alivianó de resentimiento el aprendizaje al punto de transformar en principio positivo lo que, conforme con los hábitos morales, habría podido tomar sólo como una carencia” (2006: 14). Agrega: “lo que escribí sobre las paradojas de la paternidad siendo sólo hijo, lo repetí siendo también padre” (2006: 15). La dedicatoria se reactualiza algunas páginas más adelante: el nombre de Emilia reaparece y la literatura de Puig permite volver a interrogar lo que el nuevo rol de padre le hace leer en la literatura de Puig (la misma y otra). El enigmático sintagma “por primera vez” (¿por primera vez te dedico un ensayo?; ¿por primera vez te nombro en un libro?) se expande y aclara al menos en uno de sus sentidos: “Qué extraño resulta presentir la disimetría y su necesidad, desde el otro lado. Por primera vez imaginé que en un futuro todavía lejano, pero ya inminente, cuando alguna vez quiera estar justo ahí donde mi hija me reclame como padre, el lugar que ocupe, cualquiera sea, tendrá que ver más con los lugares en que esperé, y a veces todavía espero, encontrar a mi padre, que con el imposible lugar en el que me buscará Emilia” (2006: 15).

En “Algo sobre mi padre” las preguntas sobre el vínculo padre-hijo vuelven: “¿Cómo cumplir con el padre sin dejar al mismo tiempo de cumplir con uno mismo?” (2006: 66). Una situación límite, un momento personal difícil lleva a la

literatura y ésta a su vez reenvía a la situación límite que es mirada desde otro punto de vista y vuelta a componer, reinventada desde la escritura. Una primera escritura y luego ésta desde la que se evoca y se recuerda aquella, la otra, la garabateada en servilletas de papel de un aeropuerto. En ese trance, en ese proceso que hace lugar al ensayo, la experiencia del escribir deja entrever una verdad, descubre un saber sobre el vínculo que lo ocupa: “Hay que aprender a aceptar las señas que todavía hace la verdad a través de algunos recuerdos incómodos y difíciles de manejar, y arriesgarse a descubrir una forma, que después se reconocerá como propia, de hacer que la escritura evoque, en el proceso de armarse y descomponerse, las asimetrías y las complementariedades entre esas dos vidas enlazadas definitivamente por los secretos y las trivialidades de lo familiar.” (2006: 66).

Empiezo con Aira y termino con palabras de Aira. En el *Congreso Internacional Cuestiones Críticas* realizado en octubre de 2007 en Rosario, Aira dialoga con el escritor Juan José Becerra. En ese diálogo, nuevamente entre la ironía y el humor, se interroga respecto de la recepción de su obra entre los profesores de literatura tomando distancia de eso mismo que registra. En todo caso, la complacencia de sus lectores lo lleva a repreguntarse sobre su trabajo: para quién escribe, cómo escribe, cuáles son los posibles factores que hacen que su escritura convoque el interés prácticamente masivo de los profesores de literatura (o, más precisamente, de los profesores que enseñan literatura desde los espacios de formación superior).

Retomo la pregunta de Aira para volver sobre los textos de Giordano y sus lectores (nosotros) que son quienes finalmente hacen (hacemos) que sus escritos se conviertan en verdaderas intervenciones sobre el campo ya que, como se mencionó, provocan movimientos, giros de la atención, revisión de los modos de lectura, conducen a leer a los autores que cita, a no ocuparse de los que no se ocupa o a no ocuparse más de aquellos a los que él ya encontró en falta.

En el *Segundo Argentino de Literatura* organizado por la Universidad Nacional del Litoral y realizado en junio de 2006 en Santa Fe, Jorge Panesi lee un texto que luego se incluye en los ensayos reunidos en el tomo 4-5 de la nueva versión de la revista *La Biblioteca*. A propósito de la *Breve historia de la literatura argentina* de Martín Prieto, afirma: “La perspectiva segura desde la que escribe Prieto es la del litoral, que supone un fuerte linaje literario (Mateo Booz, Carlos Mastronardi, Juan L. Ortiz, Saer, entre otros) pero también toda una tradición académica (Adolfo Prieto, María Teresa Gramuglio, Nicolás Rosa, Josefina Ludmer, Sandra Contreras, Alberto Giordano) con la cual Prieto dialoga incesantemente, y no desde los bordes de ningún centro, puesto que estos nombres son el centro.” (2006: 59). Panesi describe parte de lo que acontece hoy en el campo intelectual argentino: Rosario es el centro. Y Alberto está en Rosario, y con su trabajo coopera para que ese lugar sea el centro. Y sus lectores (otros profesores de literatura, sus becarios, sus alumnos, sus colegas) convalidan ese ordenamiento del mapa de producción de la crítica literaria argentina actual.

Situación que lleva a interrogarnos respecto de las operaciones de pensamiento que se generan desde ese lugar para constituirse como tal y que vuelve sobre el modo en que trabajamos desde lo que, fijado un centro, se instituye como periferia o margen. ¿Cómo producimos desde el vasto campo de los estudios literarios desde Argentina? ¿A qué *discusiones* y a qué *polémicas* (siguiendo la distinción de Panesi³) hacemos lugar (si es que hacemos lugar)? ¿Cómo planteamos los debates (cuando los planteamos)? ¿De qué modo leemos las tesis que se sostienen desde

una escritura que (nos) fascina, que (nos) atrapa, que (nos) deslumbra y también, en algunos casos, que (nos) enoja? Si, como sostiene Derrida en *Aporías*, se cuenta bastante de la propia historia de uno en aquello que se cita de modo recurrente (pero también en aquello con lo que se discute o se polemiza) cabe revisar qué fibras de la subjetividad tocan los textos firmados por Giordano para provocar la profusión de citas, la réplica de sus interrogantes en otros proyectos, la reiteración de sus credos multiplicada en las formas de construir los corpus, de plantear las conjeturas iniciales de investigación. Si como sostiene Panesi, Rosario es el centro, cabe atender a los desarrollos que allí se han producido, a las tradiciones que se han creado, a las que actualmente se generan. Este libro de Alberto Giordano es, en este sentido, un nuevo aporte y una posibilidad de reactualizar estas preguntas.

Giordano anota: “Cuando pasé de la fascinación a la búsqueda de sus razones, necesariamente me apropié en bloque de Puig, tracé sus fronteras, distribuí sus poblaciones, lo convertí en mi mundo (el mejor mundo posible que podía habitar un crítico formado entre Migré y Blanchot)” (2006: 15). Me pregunto si ese trance que se produce entre la fascinación y la apropiación es posible en los lectores de Giordano. Me pregunto si sus lectores (nosotros) pueden (podemos) generar nuevas preguntas a partir de sus textos o si, más bien fascinados (estado que suele impedir hacer el pasaje a la apropiación), no tienden (no tendemos) a imitarlo reproduciendo sus planteos, sus credos y sus apuestas en otros textos, en otros corpus construidos desde posicionamientos desdoblados de aquel (hace algún tiempo, en tono de broma, le sugerí a Alberto que comenzara a escribir sobre un autor que los críticos literarios consideran hoy sin valor alguno, sin interés alguno: me animo a aventurar que si hiciera esto sin confesar que se trata de una broma, observaríamos un tiempo más tarde una profusión de trabajos sobre ese autor, “tocado” por su palabra, reinscripto desde su nombre propio; conjetura un tanto arriesgada que confirma, en cierto modo, la desazón de Panesi cuando hace algunos años, en el marco de un congreso realizado en Mar del Plata señalaba la ausencia de “polémicas” en el campo de la crítica literaria argentina).

Por otro lado también me pregunto si este uso expandido de sus textos no es una forma primera de instrumentación y en este sentido, cabe revisar si no estamos ante la emergencia de una teoría de la lectura producida desde Argentina. Una teoría escrita desde América Latina cuyo antecedente, desde otra tradición, podría encontrarse en la obra de Ángel Rama (conjetura sobre Rama que suscribo y que tomo de un viejo texto de Daniel Link). Giordano distingue el uso de la teoría para “autorizar la reproducción de un pensamiento” del uso “para tratar de pensar” (2006: 206). Su desconfianza respecto del uso de la teoría por “profesores y becarios” propone, casi prescribe, una forma de empleo. Entre Barthes y Blanchot afirma: “lo más potente de la literatura tiene que ver con que presenta sin dar y que los conceptos que piensan lo paradójico de ese acontecimiento se escriben con sutileza” (2006: 208). Hay aquí un intento de determinar los protocolos de la crítica. Al menos, los de la crítica literaria que Giordano busca construir. Y agrega: “la teoría literaria que me gusta pensar es la que aprendí y enseñé” (2006: 208). Crítica ligada al trabajo del ensayista que atiende a las “razones íntimas de su identificación con algunos conceptos y con el estilo de argumentación que le imponen” (2006: 208). Crítica que atiende a su construcción desde un no saber *a priori* de la escritura. Lugar desde el que se cierra el libro y se abre el incierto camino de los rumbos futuros que tomará la escritura y las investigaciones de este profesor que

escribe (posición que, reconocida, es también una interpelación a crear preguntas propias más que a imitar, en probables copias burdas, las que ya se formuló en sus ensayos). Consecuente con su forma de pensar el ensayo como exploración, concluye abriendo una pregunta que, otra vez, es también una confesión: “Hasta aquí llego. No sé si para salir del vacío de escritura en el que voy a caer después de terminar esta profesión de fe, tendré que encontrarle otra vuelta a la retórica del ensayo crítico (parece tan agotada), o si finalmente me voy a probar como narrador y autobiógrafo. No lo sé. No lo puedo saber” (2006: 213).

Notas

¹ No estoy diciendo que la crítica producida desde Argentina no haya escrito sobre autobiografía ni sobre los diarios de escritores; sí subrayo que el trabajo de Giordano plantea una forma nueva de interrogarlos leyéndolos como actos, en su punto de exceso (en el sentido derrideano del término –cf. DERRIDA, *De la grammatologie, L'écriture et la différence*)–. Intento también señalar el efecto de esta decisión de Giordano en la agenda “nacional” de la crítica literaria.

² Para un análisis más detallado de su producción anterior, ver *Desconstrucciones en la crítica literaria. Notas de una lectura supersticiosa*. Texto leído en la presentación de *Una posibilidad de vida. Escrituras íntimas* el 9 de noviembre de 2007 en la librería Palabras andantes de la ciudad de Santa Fe.

³ En “Polémicas ocultas” Jorge Panesi presenta una lectura de los modos en que se desarrollan las confrontaciones de ideas en la universidad argentina actual. Distingue la “discusión” de la “polémica” acercándose a la diferenciación entre el rol del “especialista” y el del “intelectual” (próxima también a la dicotomía especialista / ensayista –Giordano, 2005–). Mientras las “discusiones” estarían más bien replegadas al espacio universitario constituyendo el “motor de un juego académico en el que sería ingenuo ver solamente el interés por construir la verdad más allá de las disputas por el poder y el prestigio institucional de las distintas capillas”, las “polémicas” lo desbordan ya que las cuestiones que suscitan tienen un “interés cultural” y unos “alcances más vastos” que se ligan a la interrogación de “acuerdos tácitos y hegemónicos” que el polemista pone en entredicho (PANESI, 2003).